



# CARRUSEL

un relato de

Gotardo González Quero



# CARRUSEL

un relato de

Gotardo González Quero

Mención especial del jurado  
Certamen Vallecas Cuenta 2007

© Gotardo González Quero, 2007. Todos los derechos reservados.  
<https://www.gotardogonzalezquero.com/>

Twitter: [twitter.com/ggonzalezquero](https://twitter.com/ggonzalezquero)

Facebook: [facebook.com/gotardo.gonzalez.quero](https://facebook.com/gotardo.gonzalez.quero)

Instagram: [instagram.com/gotardo.gonzalezquero](https://instagram.com/gotardo.gonzalezquero)

Ejemplar gratuito.

## CARRUSEL

He intentado imaginar su pasado como si ella me lo hubiera contado, como si en un momento imaginario y remoto evocara los capítulos trascendentales de su vida invitándome a conocerlos. He imaginado sus ojos azules entreabiertos y brillantes, el pelo rubio, recogido esta vez, la cara de piel blanca que a veces aún parece la de una niña, hablándome con su voz dulce y ficticia. Durante unos segundos he visto en ella el anhelo de la felicidad dibujándose en un arco en su cara, en una risa de mandíbula batiente y la luz celeste de sus ojos, y ha hecho falta un pequeño lapso para darme cuenta de que ese momento imaginario es quizás futuro en lugar de irreal.

La imagino contándome cómo fue su infancia en Bucarest con las ascuas de una nostalgia ya superada, aunque en realidad yo no sé de dónde ha venido ni cómo, y entonces casi puedo verla durante unos instantes viajando fugitiva hacia España, llegando a Madrid cansada y todavía con varias horas de viaje por delante en un autobús que la llevará a un lugar más tranquilo, a una ciudad del sur más pequeña y menos voraz donde reclamarle a la vida un poco de bondad, incluso, con el tiempo el bienestar de una familia felizmente acomodada. Se deshizo en ilusiones henchidas

das de promesas que nunca nadie le hizo. Famélica, subió al autobús, con las piernas y la espalda doloridas de la mala postura del viaje, con el hedor a sudor que tras varios días de trayecto había impregnado la ropa y el aire que la rodeaban como un abrigo insalubre, despertando las miradas recelosas de los demás viajeros, unido el desprecio que se tiene a los extranjeros y a la miseria cuando se les escucha hablando en un idioma extraño, cuando ni siquiera haciendo un esfuerzo vil se puede comprender la mínima idea de lo que dicen.

Yo veo sus ojos opacos subiendo al autobús. Pese al cansancio el corazón le late tan rápido, con tal ansiedad, que se puede disparar de un momento a otro, salir despedido de su pecho y huir, o quizás atorarse en su garganta y dificultarle la respiración. Quizá el conductor le dice algo cuando ya está buscando su asiento, la ha llamado varias veces pero ella no le ha oído de aturdimiento y fatiga. La llama con seriedad y educación. Le dice algo que ella no entiende y sólo sabe responderle extendiendo la mano con el billete de autobús. Entonces él hace un gesto despreocupado, mira hacia otro lugar y ella entiende que puede sentarse tranquila. Intenta acomodarse, se descalza y encoge las piernas en el asiento contiguo. Está tan cansada que no se dará cuenta de que el autobús está parando en mitad de la noche en un pueblo en el que ella jamás ha estado, en Almuradiel, donde los pasajeros bajarán llevando consigo el equipaje de mano, custodiándolo con celo ante la presencia amenazante de indigentes o frustrados fugitivos de la pobreza que en cualquier momento podrían alargarse la mano. Mientras, ella seguirá dormida hasta que llegue a su destino.

\* \* \*

Se rompieron los lazos que nos unían a esta tierra como el cordón umbilical de un recién nacido abandonado. Nos vencieron el miedo, el desasosiego, el hambre y la miseria, y ahora lo mejor que puede sucedernos es el terror que antiguamente inspiraba lo extranjero. Hemos perdido ese vínculo con nuestra patria, que nos ha abandonado en el légamo de la pobreza, y el vacío abismal que había al otro lado de las fronteras se ha desvanecido con la perdida sensación de seguridad del hogar, la belleza humilde de nuestra guarida, y ahora huimos de la muerte hacia otra muerte probable, de miseria en miseria, viajando miles de kilómetros para salvar nuestros cuerpos, y tal vez encontremos allá donde vayamos, en el lugar exótico en el que sólo el azar nos podrá dar una nueva oportunidad, una desventura igual que la que dejamos aquí, o la repatriación.

Jamás volveremos a veros. Recibiremos cartas con matasellos extranjeros que cada vez serán menos frecuentes, mientras en secreto nos acordaremos los unos de los otros, nos añoraremos en las fechas señaladas, en los aniversarios de los nacimientos y las muertes, y nos echaremos de menos en la oscuridad hacinada de nuestras habitaciones, hasta el día en que el recuerdo de las caras que nos despidieron en la estación de tren sea el recuerdo de caras extrañas, fantasmas de un pasado que parece novelesco en un presente tan perdido como el futuro, y ya sólo nos acompañarán en las noches de invierno o en la soledad cuando la mente evoca cualquier recuerdo, por terrible que sea, con la artimaña de un pasado feliz o al menos compasivo.

Ahora acaricias mi cara, mi piel aún suave y joven, la sostienes con tus manos ásperas y temblorosas que un día me acunaron, como si fueran un cáliz en el que

recoger el tacto que empieza a desdibujarse como un otoño prematuro. Guardas silencio, antes de romper a llorar cuando yo me dé la vuelta y me haya ido para siempre. Aguantas una sola palabra, la escondes en un velo de lágrimas, en el nudo trémulo donde tropieza tu respiración cada segundo, y me miras a los ojos, al iris azul, mientras cargo nerviosa con un equipaje sordomudo, te miro por última vez y echo un último vistazo al bullicio del andén, que es lo único que me queda ya de mi ciudad natal y de mi patria olvidada, retazos de lo que ya casi es no más que un recuerdo, varias sílabas contenidas que se niegan a brotar en forma de adiós.

\* \* \*

Me habla de costumbres lejanas, distintas a las que hay en mi país, de lugares que desearía volver a ver, edificios o paisajes que quiere mostrarme no para que yo los vea, sino para entregarse cautiva de un tiempo pasado, y me habla sobre ellos absorta en sus recuerdos, lejos de la cafetería a la que hemos entrado para charlar, para que me cuente cómo es el lugar de donde viene, qué caminos ha recorrido o quién es ella en realidad. Así voy horadando un túnel abrupto en su pasado, nos descubrimos el uno al otro como si rasgáramos un envoltorio de papel a la vez que me cuenta quiénes son sus hermanos y sus padres, cómo es el recuerdo translúcido de sus caras en el andén, aquel día en que pisó por última vez el suelo de su país y su memoria comenzó a derrumbarse. Mantiene cierta esperanza vana en un futuro pródigo en el que vuelva a ver a esa familia que ya no le pertenece; lo noto cuando me habla de lugares que quiere enseñarme, no para que los vea, de gente que



quiere que yo conozca y a los que se llama con un nombre propio aunque yo no los haya visto jamás, de platos que un día cocinará para mí a cambio de que yo le enseñe preparar alguna comida típica de la ciudad en la que vivo, sellando de alguna manera un compromiso para volver a vernos.

Me cuenta cómo se enamoró, cómo era el lugar en el que se casaron, cómo era su marido, de ojos claros y pelo castaño, vigoroso, algo rudo pero de buen fondo, en aquel tiempo en el que todo parecía orbitar como un móvil alrededor de un eje de zalamerías. Me cuenta, como si reviviera aquellos días, cómo vinieron a España poco después, primero él, que buscó una ocupación que le diera dinero para vivir y para enviarlo a casa, y meses después ella; pero a partir de ahí no quiere dar muchos detalles, sonrío y mantiene silencios comprometidos en algunos pasajes de su historia. Invento en su cara un vacío evocador, un recuerdo que estalla como un volcán en erupción y que intenta detener con una sonrisa torcida, con los párpados inmóviles y los ojos refulgiendo, como un metal en lágrimas contenidas e invisibles. Después cambia de tema, como quien deglute un nudo de vinagre o suspira un aire sólido tras contener la respiración durante unos segundos. Me pregunta por mi pasado, que ahora me parece una predestinación feliz, una estratagema urdida para encontrarme por fin frente a ella, frente a sus ojos inextricables que miran el sobre de azúcar, rasgado y vacío, o revuelven el café con una cuchara imaginaria, intentando adivinar la forma de unos posos que aún no existen, o se detienen en cualquier lugar del infinito: el póster de Art Blakey que cuelga detrás de la barra, la ciudad que se extiende apenas visible al otro lado del cristal, el marco dorado de la puerta que ella sigue temiendo, porque en cada paso quedan reminiscencias

de las amenazas, de los golpes, de la persecución permanente a la que él la sometió durante tanto tiempo, aunque la calle estuviera desierta o él se encontrara ya a una distancia, porque un terror póstumo la acechaba como un fantasma al doblar las esquinas, al entrar al portal y ver durante unos segundos de penumbra una figura difusa o disimulada en el rellano de la escalera, al ver a alguien a lo lejos y no poder distinguir entre un extraño o la proximidad inminente de una nueva agresión, quizá de una muerte ineluctable. Descubro entonces en el límite azul de sus ojos un cansancio crónico, seguramente agudizado en las noches de otoño, largas y solitarias, pobladas de pesadillas que se confunden con las formas borrosas de su habitación. Una vaga desesperanza se desliza sobre sus párpados, pesa en la frente y le hace agachar la cabeza, como si un vórtice de memoria insalvable la absorbiera, deshaciendo cada noche el olvido que construye a lo largo del día a golpe de pesadilla, sembrando en la duermevela llantos doloridos como las vísceras de Prometeo. Ha aprendido a convivir con el pánico, el miedo doloroso que a ratos todavía tiembla en cada célula de su cuerpo como al límite de una explosión, girando a la manera de un carrusel imparable, con un terror ya infundado que en algún momento eclipsó otros dolores que creía incurables: primero el desarraigo, el vértigo del éxodo, parecido al de un hombre perdido en el centro virgen de una selva asesina; después el desamor, el vacío ineluctable de la soledad, cruel como una sábana fría, como un cuerpo desnudo a la intemperie del otoño, posterior a la primera paliza. Intenta en vano guardar silencio, porque una vez abierto el corazón no existe forma de cerrar la herida.

Las palabras surgen como un magma rugoso y lento, como el tiempo que pa-

rece obstruido o inexistente mientras ella me cuenta lo difícil que fue descubrir que tenía que huir, los meses que pasaron hasta que el hastío se hizo insoportable y salió corriendo de la casa. Empezó a fantasear con matarlo cuando se acabaron las salidas para su segunda huída: salir a la calle con un cuchillo de cocina o esperar en el portal a que él fuese a buscarla de nuevo y apuñalarlo cuando se le acercara, asesinar al pánico atravesándole el corazón a él con una firmeza certera de matarife, envolviéndose en su sangre como en un baño de libertad y de sosiego. Deseó matarlo con todas sus fuerzas y se sorprendió al descubrir que el rencor y el miedo le habían proporcionado un apetito de desquite que iba más allá de borrarlo de su vida o de su memoria: en alguna ocasión soñó con ensañarse con su cuerpo porque la muerte apenas era desquite frente a la tortura. Sólo esa fantasía logró vencer, a veces, al miedo.

Cómo se puede huir del miedo, cómo negar la existencia incierta de un perseguidor ineludible, cómo fingir una presencia inmaterial inoculada en la memoria de la retina y de los tímpanos, esa percusión constante y arrítmica que recuerda un pulso cardíaco al borde del colapso, al límite soportable de la histeria y la impotencia que alimenta las fobias más virulentas. Cómo escapar de algo que no se puede ver, que permanece latente en la memoria como un virus extendido en cada gota de sangre, a la espera de un punto de flaqueza inesperado, de un sonido repentino e imprevisto, de una sombra que parece humana, del tacto imaginado de una mano que roza la espalda con un escalofrío de espanto, cediendo varias fracciones de incertidumbre antes de mirar atrás y comprobar que no hay nadie, que todo ha sido una ilusión traicionera. Cómo escapar de estas cuatro paredes, de este insomnio crónico y pálido,

remoto en la soledad inerte de la madrugada, expuesto a la indefensión perenne de los desiertos nocturnos de las ciudades. Cómo dormir si el sueño siempre desemboca en una pesadilla, en una nueva serie de insultos agitados, de palizas que duelen como si fueran reales, que hieren la consistencia cenagosa de la cordura. Cómo conciliar el sueño cuando el teléfono sobresalta la serenidad tensa de la noche, descubriendo al otro lado un tono homogéneo, continuo como el silencio de un depredador al acecho, o una respiración cavernosa que se mantiene a la escucha sólo para percibir el miedo que provoca, la quietud congelada y el pavor de quien no puede ni siquiera atreverse a colgar el teléfono fingiendo para sí que todo ha sido un mal sueño y volver a dormir. Cómo esquivar un despertar temprano y desdichado como un parto prematuro, cómo hacer oídos sordos a un rumor que llega entre sueños al amanecer, crujiendo como un sismo apenas perceptible que se desvanece al abrir los ojos, que sólo es el viento golpeando en las persianas, vibrando al unísono con los latidos desiguales como sollozos insostenibles, contagiando su inquietud a toda la habitación.

Yo caminaba solo por una ciudad extraña, buscando el casco antiguo con la parsimonia advenediza de los forasteros que se sonrojan bajo el sol de medio día, con un mapa de la ciudad en la mano y levantando a veces la cabeza con la nariz arrugada como si ya pudieran oler una calle o un monumento. Vine aquí para huir del hastío de los domingos y me encontré en una ciudad de provincias en la que la gente también pasea por el centro después de misa, en el trajín mojigato de un día soleado lleno de vendedores ambulantes, de pedigüeños y de moradores de portales o cajeros automáticos, de violines desafinados y jirones de melodías de acordeón, de paseantes

anónimos que desean diluirse en la sangre de una ciudad, ebrios de la abstinencia de lo que creen que es el amor sin ser más que desasosiego, una ciudad que deja las calles desiertas a la hora de la sobremesa, al sol de invierno que empieza a entornarse por un oeste oblicuo como un telescopio inclinado hacia el infinito.

Bajaba avenidas desconocidas, merodeando por cafeterías casi vacías en las que después me imaginaría charlando con ella, al otro lado de un cristal transido de frío, cansado en su vigilia y atenuado por la luz huidiza del atardecer, Ra escapando del mediodía como un nómada en busca de una guarida, de vuelta al punto de partida para caer de nuevo hacia un horizonte prometedor desde una vertical colmada de lejanías. Doblaba esquinas, giraba por las callejuelas en un remolino de caminos, al abrigo de las fachadas ya ensombrecidas por las horas de diciembre, sin consultar un mapa ni preguntar a un guía voluntarioso o endémico. Ahora sé que buscaba una distancia que no existe.

Nos perdemos en las ciudades para huir de las vejaciones sumisas de nuestras rutinas, que nos acechan cada semana como un carrusel de días. Subimos a la montaña para formar parte de una lejanía que creemos retirada de lo superfluo, como si lo cotidiano fuese en cierta medida una enfermedad terminal, una cortina de agua corrosiva que nos circunscribe cada mañana o un desperdicio de nuestro tiempo. Por las noches observamos los astros como si escondieran un secreto esperanzador, un mesías al que hemos esperado milenios o una promesa que recordaremos en nuestro lecho de muerte, como unas palabras extraídas de la mitología: *Eloi, Eloi, lama sabactani*. Bajamos a la costa para contemplar una extensión de mar que en nuestra imaginación se parece al infinito, intentamos llegar con la mirada a esa zona del cielo que surcan en avión quienes encuentran un alivio efímero al peso de sus vidas, escudriñamos con el

ojo de la imaginación lugares ignotos, guiados por el impulso claustrofóbico de quien desespera en un retiro impuesto e indeseable, nos detenemos con los ojos ávidos de romanticismo, o sencillamente de novedad, en unas aguas que se desdoblaron para permitirnos ignorar esos pequeños puntos en el infinito que cruzan el Estrecho, que se aventuran en el Atlántico y mueren de frío navegando en un cayuco o ahogados, en un último intento desesperado por alcanzar una vida nueva, similar a la misma que nosotros detestamos hasta el punto de aliviarnos perdiéndonos en calles extranjeras, en cuerpos extraños, en lugares remotos, imaginando por un momento que nos hemos mezclado con una cultura que no es la nuestra o que formamos parte de una ciudad en la que no somos más que extranjeros.

Así recorría calles y avenidas, ciudades que aparecían en los mapas como amantes esporádicos con nombres repetidos o como puertos inalcanzables, atalayas llenas de ocasos o rincones de lúgubre misticismo. Me dejé caer por una avenida sin apenas tráfico. Dos hombres y dos mujeres de mediana edad charlaban en una esquina, junto al cruce con otra avenida, un poco más a lo lejos dos mujeres paseaban al ritmo del atardecer en un equilibrio cercano al silencio. Apenas reparé en un hombre corpulento que cruzaba la calle en diagonal con decisión parsimoniosa, alejándose de mí, escorándose a la izquierda por donde paseaban las dos mujeres, atrapado por el ritmo inmutable de la tarde, a ratos cálida como un otoño tardío, a ratos álgida como un invierno prematuro. Llegué al cruce, desde donde se extendía una nueva avenida hacia la derecha, sembrada de coches aparcados y cubierta al fondo, en su extremo oriental, por un velo precoz de nocturnidad. Miré el asfalto gris, que contagiaba con su color el naranja huidizo del atardecer sobre las fachadas y vi más allá un recodo de sombra, donde la calle se doblaba hacia el norte como liquen desorientado.

Fue entonces cuando el grito detuvo mi siguiente paso. Sonó agudo y corto como un grillete que se cierra bloqueando los tobillos. Apresurado lo busqué con la mirada como un faro presa del vértigo, descubriendo en la esquina opuesta a las dos mujeres y al hombre corpulento. Apenas pude distinguir su figura confusa y robusta levantando el brazo con el puño cerrado para luego dejarlo caer, alzando el brazo de nuevo para de nuevo golpearla, vacilando un segundo con el brazo en alto para huir otra vez, como tantas veces. Un hombre gritaba desde la acera de enfrente, le amenazaba con llamar a la policía cuando él ya corría por la avenida en una huída cobarde con un destino tan incierto como impune, perdiéndose en las sombras curvas de una callejuela.

Ella vino anónima aún, conteniendo un llanto de vergüenza o de impotencia. Más tarde pensé que los lloros son la expresión póstuma de una puñalada a destiempo. Cruzó la calzada en dirección a un portal umbrío, en una bocacalle atardecida. Llevaba media máscara de pelo rubio en la cara, mitigando las lágrimas de sus ojos, murmurando algo en un español recién asumido, aún florido con dejes foráneos, lamido de eses curvas y con la eres endulzadas como un café de media tarde. Por Dios, qué le he hecho a este hombre, decía, buscando cobijo bajo un brazo amigo y retiro en un portal umbrío del centro de la ciudad. Qué le he hecho yo a ese cabrón. Callaba la destreza malsonante mermada por su elegancia innata. Pasó a mi lado sin mirarme y yo la imaginé en un futuro contándome un presente placentero, donde las lágrimas se hubiesen cambiado por un gesto apacible como un carrusel a ritmo de vals o como un café a la hora del atardecer prematuro de diciembre. Un grito agudo y corto como un grillete que se cierra bloqueando los tobillos me había paralizado en la esquina de una avenida y sólo con la imaginación pude urdir un pequeño placebo de bondad pusilá-

nime, un breve alivio para la conciencia. La imaginé siendo ella otra persona y siendo yo otro, menos cobarde, quien la escuchaba contar su vida. Más tarde pensé que algún periódico me devolvería su foto, quizás en cuestión de días, como quien entrega una citación o unos grilletes, como si por mansedumbre o poquedad me fueran a acusar de ser cómplice pasivo de un asesinato atroz.

*Granada, diciembre de 2006*



